

TEMPLOS

En pleno tiempo de Cuaresma el Arzobispado de Madrid ha dispuesto el cierre de la Parroquia San Carlos Borromeo en Madrid; según el Arzobispado la liturgia y catequesis que se impartían en la misma no son conforme a la doctrina de la Iglesia Católica. Los sacerdotes han dado las llaves del templo a los feligreses y éstos se han negado a entregarlas a la autoridad eclesiástica.

El Domingo de Resurrección, con la iglesia llena, celebraron una multitudinaria eucaristía. Muchas personas no pudieron acceder al templo. Recibieron numerosas muestras de adhesión.

Qué buena ocasión para que los cristianos se hubiesen, nos hubiésemos, rebelado de una vez contra unas jerarquías caducas que transitan por caminos muy distintos a aquellos a los que se refería Jesucristo cuando dijo *“Yo soy el camino, la verdad y la vida”*.

Si yo tuviera una Parroquia me gustaría que me la hubiesen clausurado por esos mismos motivos: ser fiel al mensaje de Jesucristo. Pero, mi templo particular, el interior, nunca lo hubiesen cerrado. No es templo del Espíritu Santo. Mi respuesta a un Cristianismo en el que creo y con el que me gustaría ser consecuente es tibia y dista de la que día a día vive la comunidad de San Carlos Borromeo y otras muchas.

Paradójicamente en Badajoz se pretende, al parecer, cerrar un templo por la escasa asistencia de fieles. Dentro de unas décadas los cierres por esta causa no serán noticia.

No me preocupa que se cierre esa Parroquia, lo que me inquieta es que sólo sea ésa. ¡Qué significativo habría sido que en comunión con la de San Carlos se hubiesen cerrado la mayoría de los templos cristianos! En otros ámbitos o sectores, como frecuentemente sucede, la solidaridad es grande. En este, no. Ello debería llevarnos a una profunda reflexión.

Recientemente se ha celebrado la Semana Santa con sus distintas vertientes, algunas de ellas, a mi entender, alejadas del verdadero espíritu cristiano. Voces de la Iglesia se levantan ya contra determinadas manifestaciones a las que nos han llevado esas mismas voces. Igual pasa con las primeras comuniones. Se imponen grandes cambios. El giro tiene que ser inmenso. Muchos de los que nos llamamos cristianos no convencemos, no somos esa sal de la tierra, ni esa luz del mundo de la que nos hablan los Evangelios.

En los días previos a Semana Santa he asistido a un retiro espiritual y a una convivencia con jóvenes que próximamente recibirán el sacramento de la Confirmación.

La Semana Santa la he vivido entre templos físicos, celebraciones religiosas callejeras, residencias de mayores y centros sanitarios.

He palpado de cerca la soledad y el dolor de muchas personas. Salvo alguna puntual excepción- siempre hay dioses en el camino-, he hallado grandes trabajadores sanitarios que han derrochado profesionalidad y humanismo. En las residencias de mayores he visto el agradecimiento de éstos por un rato de compañía, una sonrisa, una palabra amable. He conocido cuidadores de enfermos abnegados, familiares entregados, cariñosos, preocupados. Me he encontrado con religiosas, concretamente las Hermanas de los Pobres de Maiquetía en Bótoa y las Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Badajoz, que van más allá, mucho más; las religiosas merecen capítulo aparte, su vocación las distingue, el testimonio cristiano preside todos sus actos. En todos ellos se sustentan los templos de cada día, se muestra a un Jesucristo hecho hombre y se ve el tremendo humanismo de quienes se dicen no creyentes pero que están pletóricos de unos valores que para sí quisiéramos muchos de los seguidores de Cristo.

Diego Mota Mimbrero-
Badajoz.